

se guardaba el rollo de los sagrados libros; delante había una mesa con cuatro grandes hachones de luz eléctrica, uno en cada ángulo, y junto a ella se alzaba el gran candelabro que, según las prescripciones mosaicas, debiera tener siete brazos, pero que entonces debía estar mutilado, como punzante recuerdo de las reivindicaciones judías sobre el monte Sión y sobre la Tierra Santa.

—Aquí —me decía el samar con suave acento— se coloca el sacerdote, que debe pertenecer siempre a la tribu de Aarón, teniendo a su derecha un diácono, que ha de ser siempre un descendiente de Leví, y a su izquierda, un subdiácono, escogido por turno entre las demás tribus.

—¿Y cuál es el oficio de cada uno de ellos? —pregunté yo admirado de aquella terminología, robada evidentemente a los cristianos.

—El subdiácono ayuda, el diácono lee, el sacerdote, es decir, el rabino de nuestros antiguos libros, explica al pueblo lo que se ha leído y dice la oración en nombre de todos. Y aquí tiene usted el programa de nuestras reuniones litúrgicas: se lee la *Biblia* (debemos leerla entera cada siete años), se comenta, se ora y se alaba a Jehová con nuestros himnos y nuestros salmos.

Tal era también el programa que se seguía cuando Cristo entraba a explicar la Escritura en la sinagoga de Nazaret, o cuando San Pablo buscaba en las sinagogas del mundo romano el reducto primero de sus conquistas y la base de sus campañas misioneras. Leíanse la Ley y los Profetas, es decir, la plenitud de los libros inspirados, comprendidos en esta doble denominación; venía a continuación la exhortación o *midrash*, que giraba en torno de los temas leídos y el ejercicio terminaba con las oraciones y cánticos de alabanza, sacados principalmente del salterio. Este esquema penetra desde el primer momento en la Iglesia, completado, naturalmente, con fórmulas y ritos que surgen en el seno de la sociedad nueva. Al Antiguo Testamento se junta el Nuevo; a las enseñanzas de la Ley

y los Profetas, las del Evangelio y las Epístolas apostólicas. Los cuatro elementos se conservan: lectura, canto, homilía y oración. En uno de nuestros libros más antiguos, las *Constituciones Apostólicas*, leemos estas palabras: «Reuníos en los cementerios para leer las Santas Escrituras, para salmodiar sobre las reliquias de los mártires, que allí duermen, y para ofrecer la eucaristía.»

Pero un espíritu nuevo va infiltrarse en esos viejos elementos importados. La institución judaica, retocada y perfeccionada por una labor de siglos, llegará a ser en manos de la Iglesia una obra maestra de instrucción, de alabanza, de arte y de consuelo espiritual. ¿Puede encontrarse cosa alguna más apta para llevarnos a Dios que las palabras mismas de Dios? Esas palabras son las que la Iglesia recoge, ordena y selecciona para ponerlas en boca de sus hijos en la primera parte de la Misa, adaptando y armonizando con un instinto maravilloso los episodios del Antiguo Testamento con los pasajes del Nuevo. Es bella ciertamente la literatura bíblica de la religión mosaica, son sublimes sus relatos y sus visiones, sus enseñanzas y sus cánticos, pero aún así, todo en ella nos produce la impresión de una cosa incompleta y fragmentaria. Es el problema que está exigiendo su solución, el símbolo que se refiere y pide la realidad, la profecía que aguarda su cumplimiento. El Antiguo Testamento es el enigma, el Nuevo la clave: aquél nos propone el misterio, éste nos le ilumina, y gracias a él descubrimos la armonía en la realización de los designios divinos.

Es la Iglesia la que tiene en sus manos la llave; es ella la que ha recibido de Dios el instinto sagrado de la interpretación; nadie, por tanto, como ella para adaptar las palabras divinas a las exigencias de la oración. Viéndose obligada a escoger, dada la abundancia de los tesoros bíblicos, hizo la selección teniendo en cuenta la armonía íntima que existe entre las dos revelaciones, iluminando así con vivos resplandores la figura soberana de su fundador y ha-